

**El señor Cossío nos dijo:**

**"TENEMOS CONTRATADOS 7 NUEVOS PELO-  
TARIS Y DAREMOS FUNCION LOS VIERNES"**

La pelota va y viene, impulsada no muy fuertemente que digamos, durante un primer partido. Siguiendo los vaivenes de la bola blanca, el señor Cossío y el periodista charlan de frontón. Don Moisés, como el que no quiere la cosa, hace sensacionales revelaciones:

—Vamos a empezar a dar funciones todos los viernes.

—¿Pero cuando llegue diciembre, y vayan a Miami los pelotaris contratados, va a quedar muy reducido el cuadro? —le decimos—.

—Sí, tiene usted razón. Pero previniendo esa circunstancia, nosotros tenemos ya contratados los servicios de siete pelotaris, todos españoles y, aunque jóvenes, lo mejor que hay en España.

—¿Sus nombres?

—Y Don Moisés, haciendo esfuerzos mentales para recordar tanto apellido envejecado, nos va diciendo:

—En primer término, a Antonio, que ya sabe usted que es un delantero del que hablan muy bien todos los cronistas de España. Confío en que se resolverán las dificultades que aquí han surgido para su entrada.

—¿Y además de Antonio?

—Pues también traeremos a Osa II, que dicen es un zaguero extraordinario, mejor que el propio Larrañaga y Marcelino, según el testimonio de algunos aficionados hispanos.

—¿Y quiénes más?

—Pues vendrán de España Miguel Uriarte Igarua, Antonio Arriola Barinaga (en otra parte de esta sección verán nuestros lectores que el aficionado mexicano señor Carrillo dice que es el mejor zaguero en Barcelona), Miguel Solotabal Aretio y Carmelo Ugarte Erreia.

—Pues sumando unos y otros, el Pitágoras no miente, aquí solamente hay seis hombres.

—Sí, tiene usted razón. Pero falta otro muchacho que viene de Manila. Se llama Agustín Larinaga Guisasaola, y nos lo han recomendado como un magnífico prospecto.

—Todos chicos jóvenes.

—Sí —dice el señor Cossío— todos jóvenes, porque viejos ya no hay. Tenemos que adaptarnos a la realidad de los hechos. Verdaderos ases hay muy pocos, y tenemos que ir viendo si entre los jóvenes salen algunos con juego de fenómenos de verdad.

La pelota sigue danzando de frontis a rebote. Algunas veces, impulsada por una cesta que busca las dos paredes o por una cesta que no sabe adonde dirige la bola, la de Arnáiz llega a la contracancha. Los tan-

**"Quizás a algunos de los  
que aquí están no les renova-  
remos sus contratos"**

tos van cayendo y el periodista y el empresario hablan de muchas cosas. De sueldos, de contratos, de posibilidades para el futuro, en fin, de cuanto hay que hablar acerca de este espectáculo.

Aprovechando un paréntesis en el fluido conversar de Don Moisés, el periodista —que sabe que la pregunta se la van a hacer todos los pelotaris cuando sepan de los nuevos contratos— interroga con cierta intención:

—¿Pero cuando regresen los que vayan a Miami no cree usted que va a encontrarse usted con un exceso de pelotaris?

—Pues quizás sea así —dice reservadamente Don Moisés—. Pero no olvide que en ese intervalo de tiempo a algunos se les van a acabar los contratos.

—¿Y no habrá renovación de los mismos?

—Pues, la verdad sea dicha, no tengo todavía nada pensado en concreto. Pero tengo ya hecha la idea de que aquellos que no saquen el juego que creemos deben sacar, de acuerdo con lo que de ellos nos dijeron, esos tendrán que volverse a España y dejar su puesto para que otros, con tantos méritos como ellos, prueben fortuna en esta cancha.

El partido se acaba, la conversación termina y el periodista y el empresario, con un apretón de manos, se dicen "hasta pronto".

